

E L A M I G O L I N C E

Era el día de acampada. Mis amigos y yo habíamos quedado en la plaza para coger el autobús que nos condujera a Doñana. Llevábamos todo preparado, no nos faltaba de nada.

Llegué a la plaza y mis amigos me estaban esperando impacientemente, ya que el autobús se podía ir en cualquier momento. Lo cogimos y me senté con José, uno de mis mejores amigos. Estuvimos tres horas durmiendo en los asientos, hasta que un frenazo hizo que nos despertáramos. Era un pequeño lince herido. El conductor del autobús atropelló a ese animal, sólo por ir hablando con el móvil mientras conducía. Me dio tanta rabia, que lo primero que hice fue bajarme del autobús, coger mis cosas e ir a ver lo que le ocurría al lince. El conductor no quería meterlo en el autobús, lo quería dejar ... en la carretera herido! Eso si que no lo permití, me inventé la excusa de que tenía que salir fuera un momento con mi maleta y cuando nadie miró cogí al lince y lo metí en la mochila, entre la tienda de campaña. Cuando subí al autobús, mis amigos me preguntaron qué me pasaba, yo dije que un dolor de estómago.

El tiempo pasó y todos se volvieron a dormir menos yo. ¿Cómo me iba a dormir teniendo a un lince herido en la maleta? Abrazada a ella, cerré los ojos y sin poder evitarlo, me dormí. Al rato mis amigos me avisaron que ya habíamos llegado. Cogí todas mis cosas y bajé del autobús.

El cielo estaba nublado, pequeñas gotas mojaban mi cara.

La lluvia empezó a caer fuerte, así que tuvimos que montar las tiendas en un sitio plano y lleno de árboles. Eran ya las ocho de la tarde. Teníamos todo instalado, nos habíamos cambiado ya y estaba todo listo. Pensé decirle a mis amigos que el lince atropellado lo tenía allí mismo, pero no quería arriesgarme a tener que devolverlo. Como estaba lloviendo y era de noche, nos pusimos a contar historias de miedo, pero como a mi no me

parecía eso muy buena idea y tenía que cuidar al lince, les dije a mis amigos que seguía con el dolor de estómago y que me iba a mi tienda, que nadie me molestara. Me despedí y corriendo me metí en ella.

Mientras escuchaba como caían las gotas en el plástico de la tienda de campaña, veía la cara del lince con los ojos cerrados y con la pata herida. ¡Precisaba ayuda! No sabía que hacer, pensé que lo que necesitaba era comer. Los lince comen conejos y mamíferos que cazan por la noche, pero no sabía como hacerlo. Estuve mucho tiempo dándole mis comidas, dándole de beber, todo lo intenté pero nada comía. Estaba cansadísima hasta que mis ojos se cerraron.

Tuve una horrible pesadilla y a las cinco de la madrugada me desperté. Preocupada, miré en todas partes y ... ¡no estaba el lince! ¿Qué podía hacer? No sabía qué, ¡el lince se había escapado! Pero me pregunté que cómo se había escapado si estaba herido. Salí fuera, estaba todo oscuro y diluviaba, con truenos y relámpagos. Busqué en todos los sitios posibles: en los árboles, detrás de las ramas, cerca de una laguna que había por los alrededores... No lo encontré. Angustiada, me senté dentro de la tienda de campaña y me puse a llorar. Me sentía fatal, creía haber tenido la culpa de que se escapara, pensé que nunca más lo vería y se moriría ...

De repente, escuché un sonido entre las ramas del suelo, rápidamente miré y ... ¡era el lince! Lo abracé muchísimo y me alegré mucho porque también vi que la herida le había desaparecido por completo, además tenía restos de carne por el hocico. En ese momento comprendí todo. Había salido a cazar por la noche. Me dio tanta alegría verlo que le cogí muchísimo cariño. En un día había conseguido tener un amigo lince. Estuvimos jugando juntos hasta que amaneció y mis amigos se despertaron. Encerme al lince en mi tienda para que no lo vieran. Ellos me propusieron salir a pasear por el campo, yo acepté. Paseamos juntos hablando de nuestras cosas y nos lo pasamos muy bien. Fuimos a la zona comercial, donde se pueden comprar artilugios

de recuerdo y también hay restaurantes y bares. Almorzamos allí y para dormir la siesta nos fuimos a nuestras tiendas. En la mía jugué con el lince. Le había cogido muchísimo cariño y lo quería mucho. Así pasó el día.

Al día siguiente, por la tarde, vimos unos guardas del parque que iban preguntando a todos los visitantes sobre un lince perdido.

Yo me asusté.

Pensé que como era menor de edad que no me iban a preguntar pero estaba equivocada. Se acercaron a mi tienda y me preguntaron. Yo respondí que no sabía de qué me hablaban, porque no quería que me separaran de mi amigo, ya que lo trataba como un amigo.

Los guardas se fueron. En ese momento algo me vino a la mente. Pensé que todo lo que había pasado se lo debía contar a mis amigos que siempre estaban conmigo cuando lo necesitaba. Se lo conté un tanto preocupada y entendieron todo lo sucedido, pero me dijeron que el lince necesitaba tener su hábitad, su mundo. Necesitaba ser libre y estar con otros animales iguales a él. Me hicieron razonar y lo pense mucho, hasta que decidí devolverlo a su casa. Fuimos toda una tarde buscando a aquellos guardas. Por fin los encontramos y les explicamos todo. Ellos se emocionaron por lo que había hecho. Había acogido a un animal herido y encima me arriesgá a devolverlo a su hábitad.

Llegó el momento de separarme de mi amigo el lince, mis ojos se inundaron de lágrimas y lo abracé con mucha fuerza. Mis amigos también lo abrazaron aunque no lo habían conocido bien. Yo estaba muy triste pero sabía que eso era lo más correcto que se podía hacer.

Se lo llevaron en una camioneta, y pasó el tiempo. Era el momento de volver a casa. Llegó la noche mientras recogíamos las tiendas de campaña y todo lo demás.

Yo seguía llorando. Un ruido hizo que me sobresaltara, era el mismo que sonó cuando el lince se escapó aquella noche. Pero no era un ruido aislado, eran por lo menos veinte ruidos a la vez.

Miré y ... ¡¡Era una manada de lince!! Entre ellos estaba mi amigo, lo vi tan feliz que me alegré de haberlo dejado en su mundo, con su familia.

Cogimos el autobús y volvimos. Cuando llegué a mi casa, mi madre me preguntó que como había ido todo. Y le respondí:

- Tengo muchísimas cosas que contarte...

BLANCA ALBEA CRIVICICH
12 AÑOS, HUELVA